

# **José María Iparraguirre y su “Gernikako Arbola”**

*Por ISAAC LOPEZ-MENDIZABAL*

El erudito escritor Lino de Aquesolo tan preocupado siempre en esclarecer muchos puntos oscuros de nuestra literatura e historia ha publicado un artículo en este mismo BOLETIN, Cuaderno 4.º de 1969, págs. 550-556 titulado «¿La versión musical del «Gernikako Arbola» es la primitiva?». En el mismo artículo formula, además, algunas preguntas que quisiéramos responder para contribuir mejor a su esclarecimiento.

Una de las cuestiones por él planteadas es la tan debatida muchas veces de si la música de ese famoso zortziko es del mismo Iparraguirre o más bien de un tal Juan José Altuna que fue organista en Lekeitio.

No hay artista, aunque sea de gran categoría, al cual o a su obra artística no le hayan sido atribuidas leyendas, anécdotas y mixtificaciones sin cuento, puras falsedades que no han hecho más que embrollar la verdad histórica, pero que, mientras no se pongan las cosas en claro, el público admite sin ningún reparo falsedades inventadas por gentes inocentes o sin escrúpulo alguno. Quién no ha oído decir, por ejemplo, que el gran Miguel Angel al terminar su magnífica obra que representa a Moisés con un realismo asombroso, no haya creído que era cierto que ese artista al terminar su obra y entusiasmado de ella, dio un martillazo en la desnuda rodilla del personaje y le dijo «habla» al propio tiempo que el martillazo producía en la rodilla una marca violenta. Pues bien, todo eso es una pura fantasía y yo mismo he solido examinar con la mayor atención la desnuda rodilla del gran Moisés y en ella no se ve ni el menor rasguño. Y es que el pueblo en general cree más fácilmente la leyenda que la verdadera historia.

Algo de esto, por no decir mucho, ha sucedido con la gran falsedad que alguno lanzó de que la música del «Gernikako Arbola» no era de Iparraguirre, sino del organista Altuna que antes hemos citado.

Mi buen amigo y competente músico Juan José Belaustegui que publicó un folleto de poesías de Iparraguirre, del cual es paisano por

haber nacido en el mismo pueblo de Urretxu, escribió un artículo en la Revista «Euskal Erria» en el año 1900 protestando de que se dijese que el autor del Himno «Gernikako Arbola» fue Altuna y no Iparraguirre, lo cual no aceptaba en ningún modo por ser afirmación completamente falsa, apreciación que es muy de tener en cuenta por la ecuanimidad de quien la dictó, su competencia musical y su amor a la verdad.

Es más, se dijo que dicho célebre canto fue estrenado por el propio Iparraguirre en el café de San Luis, sito en Madrid, en el año 1853.

Nosotros pretendemos demostrar, en forma incuestionable, que ese himno fue compuesto muchos años antes por el propio cantor y al efecto, presentaremos un testimonio que lo estimamos de una valía absoluta.

Hay un nombre en nuestra historia contemporánea vasca que todos los hijos del país debieran conocerlo bien y amarlo como se merecía y se merece. Nos referimos al nombre del gran vascófilo Antoine d'Abbadie cuya labor vasquista en pro de nuestro idioma, usos, costumbres, bailes, folklore, bersolaris, tradiciones, que inició allá por mediados del siglo XIX, continuó hasta su muerte, con entusiasmo y generosidad dignas del mayor respeto y admiración por aquel hombre que tuvo un gran prestigio, además, presidiendo muchos años el famoso «Instituto de Francia», dedicado especialmente al estudio de las ciencias.

Tuve yo la gran suerte de conocerle personalmente cuando mi buen padre me presentó a él en una fiesta teatral vasca que se celebró en el Ayuntamiento de Urnieta el año 1886, y en seguida me preguntó: —¿Euskalduna al aiz?— —Bai, jauna— le respondí. —Arras ongi, eta izan adi beti eskualdun—. —Bai jauna, ala izango naiz—.

Pero aquella fiesta teatral y aquella corta conversación no las olvidaré nunca. M. d'Abbadie construyó para sí un magnífico palacio en la colina de Suberinoa, encima de la playa de Hendaye, que, finalmente, lo cedió al antes citado Instituto de Francia, para que continuase las fiestas vascas que él, con tanto entusiasmo había iniciado y fomentado, como consta en la revista «Euskal-Erria» de San Sebastián, de 1901 (primer semestre) pág. 508 y en 1902 (segundo semestre) pág. 159.

El año 1893 y siguiendo el filántropo vasco su magnífica labor, patrocinó unas fiestas vascas que se celebraron en Azpeitia el mes de septiembre de dicho año.

El literato francés Charles Bernadou, invitado por él, acudió a las fiestas juntamente con el venerado canónigo Adema-Zalduby, de Bayona, tan estimado de todos cuantos le conocieron y publicó la reseña de

ellas en una revista de dicha ciudad, recogiendo los artículos en un precioso libro (de 17 x 12 centímetros) que apareció en 1894, con el título siguiente: AZPEITIA. Les fetes euskariennes de Septembre 1893 par Charles Bernadou, Bayonne, edit. L. Lasserre, 1894. Consta de 119 páginas de texto y 23 páginas de música y entre ellas el «Gernikako Arbola» «letra y música de J. M.<sup>a</sup> Iparraguirre» y también una composición llamada «Gauden gu eskualdun», letra y música de G.A. Adema-Zalduby.

Tuve la oportunidad de conocer personalmente al P. José Ignacio de Arana el cual escribió unos apéndices históricos así como la genealogía de San Ignacio para la obra del Padre Henao titulada «Averiguaciones de las Antigüedades de Cantabria». Fue por entonces, hacia 1894, en el que conocí al erudito escritor, vascófilo y poeta Padre Arana. Y al canónigo Adema-Zalduby lo conocí personalmente en la reunión que se celebró en el Ayuntamiento de Fuenterrabía en 1902 y en la cual se aprobó el título de Eskualtzaleen Biltzarra para la entidad vasquista que aquel día se fundó. Acudimos a ella por Gipuzkoa tan sólo don Juan Carlos de Guerra, don Serapio Múgica y yo; por Navarra Arturo Campión, el cual residía durante el verano en San Sebastián, y por los vascos del otro lado del Bidasoa el Dr. Broussain, médico de Hasparren, el Dr. Gilbeau, médico de Donibane, los canónigos señores Daranatz y Adema-Zalduby y algunos pocos más, cuyos nombres no recuerdo.

No había en aquellos tiempos las facilidades de transporte de hoy, por lo que tuve que hacer el viaje desde Tolosa a Fuenterrabía, unos 50 kilómetros en bicicleta y, claro es, en la misma forma al regreso, pero hay que tener en cuenta que entonces yo no contaba más que 23 años. Hoy, cumplidos mis 91 años, ya me sería más difícil el hacer esa excursión ciclista.

La reunión fue correcta y muy grata, habiéndose producido entonces amistades que fueron reforzadas aún por nuestras reuniones anuales posteriores. En aquella asamblea hubo tan sólo una diferencia al señalar el nombre de la futura asociación, pues, al nombre de Eskualtzaleen Batzarra que había propuesto, si no recuerdo mal, nuestro buen amigo don Serapio Múgica, ante la aproximación del nombre Batzar o Bazarre que se usaba en Guipúzcoa desde tiempo inmemorial para designar nuestras juntas Generales, y siendo casi semejante al de bazar, que significa, como es sabido, el de almacén o gran tienda de objetos comerciales, se aceptó inmediatamente el de Biltzarra, que alguien propuso y fue tomado por unanimidad. La reunión, repito, fue cordial y agradable para todos.

Esta Asociación nacida ese día de septiembre de 1902, tuvo tal eficacia que hoy, casi a los 70 años, se muestra cada día más entusiasta,

como lo hemos visto, sobre todo, en estos últimos años por la gran concurrencia que a ellas han asistido. Por eso fue para mí una nota bien desagradable el leer que el P. Villasante en su «Historia de la Literatura Vasca» publicada en 1961 la califica (si se refiere a la que yo acudí) nada menos que de «la malhadada reunión de Fuenterrabía». El autor de esta increíble frase no estaba en esa reunión, pero yo estuve en ella y en recuerdo de las eminentes personas que a ella asistieron, he de protestar de tan infamante calificativo.

Desde entonces, repito, la amistad que trabé con algunos de los asistentes que hasta entonces no conocía, se consolidó gratamente en las reuniones sucesivas de años posteriores.

He querido hacer resaltar los nombres de personalidades relevantes que merecieron siempre nuestro mayor aprecio y atención, y, además, porque he de presentar a continuación un testimonio dado nada menos que por dos personas de relieve extraordinario, el P. José Ignacio Arana, jesuita, y el canónigo señor Gratien Adema-Zalduby, escritor y poeta eminente y de tal afecto y distinción que todo el que tuvo el honor de conocerle, lo recordará siempre, como hoy, después de muerto, con el mayor respeto y afecto.

Y vamos a presentar el testimonio del P. Arana y del canónigo Adema-Zalduby para demostrar la falsedad de que el himno del «Gernikako Arbola» no era de Iparraguirre, sino de un organista apellidado Altuna, del cual, por cierto, nadie ha conocido ninguna composición suya, ni se ha popularizado de él la más mínima obra musical. Vamos a copiar, traduciendo, del libro «Azpeitia» de Charles Bernadou, ese testimonio que creo es definitivo para dar fin a la falsa leyenda inventada contra el autor del «Gernikako Arbola».

(Pág. 71): «Se cree comúnmente y Manterola parece decir en su «Cancionero vasco» (1878, pág. 76) que este bello canto compuesto por José María Iparraguirre, fue cantado en Madrid, en 1853, a su regreso de América. Y algunos han llegado hasta decir en estos últimos tiempos —Bernadou escribe esto hacia 1893— sin duda bajo la influencia de pasiones políticas, y que el pequeño poema no es más que una de las numerosas composiciones vanales inspiradas por el Arbol de Gernika y que la música de Altuna hizo la originalidad y popularidad». Y continúa diciendo Bernadou «estos asertos son absolutamente inexactos: antes de su partida para el exilio hacia 1842 ó 1843, Iparraguirre había cantado el Gernikako Arbola. A su regreso a Madrid, en 1853, cantó también su poema con muchas otras poesías vascas...».

Pág. 12: «Tenemos de la fecha de la composición primitiva del Gernikako Arbola, el testimonio precioso de dos contemporáneos: el P. J.I. de

Arana, el erudito de conoce también las glorias de su querido País Vasco y el del señor canónigo Adema-Zalduby.

«Nuestro amable compañero de viaje a Azpeitia, — se refiere Bernadou al canónigo Adema-Zalduby — con quien fue a Azpeitia a las fiestas vascas de 1893 nos da a este respecto un recuerdo completamente personal. Hacia 1845 ó 1846 — el canónigo Adema, naturalmente, cita las fechas de memoria — cuando M. Adema, joven estudiante en el pequeño seminario de Larressore se entregaba en sus momentos perdidos a las primeras inspiraciones de la musa eúskara, el excelente Padre Superior, el Abatte Haramboure, quiso una noche dar a todos, profesores y alumnos, el regalo de unas escenas recreativas que suavizaban un poco la austeridad de la disciplina cotidiana y son siempre también agradados a todos los muchachos, grandes y pequeños. Iparraguirre que iba a partir para América fue el héroe de la fiesta. «Me hace recordar todavía, nos decía M. Adema, ver al bardo, ya célebre en las tres provincias vasco-españolas, entrar en escena en el pequeño teatro improvisado, con paso vivo y airoso, su cabeza expresiva cubierta con una boina vasca, con su guitarra en la mano, sus ojos encandilados, su barba elegante en la forma que usaban los reyes, su esbelta talla realzada con una faja roja a la cintura y calzado con ligeras alpargatas. Nos saludó con naturalidad y gracia y se puso a cantar algunos de sus zortzikos con una voz pálida y vibrante, acompañada por los acordes sonoros de su guitarra. Nos regaló la flor de sus poesías, ya populares, por encima de los montes Pirineos, y su voz tan armoniosa, sus bien inspirados versos levantaron bien pronto grandes aplausos. «Bravos» entusiasmaron al bardo, visiblemente y en algunos momentos improvisaba. Una de estas canciones más expresivas cantaba la vida errante del poeta dolorida por su exilio, y la esperanza de volver a la Patria adorada.

*«Guitarra zartxo bat det  
Neretzat laguna;  
orrela ibiltzen da  
artista euskalduna.*

«Tengo mi vieja guitarra  
como mi amiga;  
así anda  
el artista vasco.

*Egun batean pobre,  
beste batez jauna  
kantari pasatzen det  
nik beti eguna».*

Un día es pobre  
otro día señor  
así paso cantando  
yo siempre el día».

Con la afirmación categórica del Padre Jesuíta José Ignacio de Arana y la del canónigo de Bayona M. Adema-Zalduby queda probado evidentemente, que la fecha que se decía de abril de 1853 como

día del estreno del «Gernikako Arbola» era completamente falsa, pues años antes había ya sido cantado.

Apesar de la insistencia de los críticos y pseudo-críticos nadie ha podido aportar un escrito en el que Altuna manifestase que la música del «Gernikako Arbola» era suya y no de Iparraguirre, ni conocemos ninguna composición de Altuna que haya sido popularizada, ni siquiera citada, en contraste presentaríamos las canciones de Iparraguirre entre las más conocidas, además del «Gernika», «Agur Euskalerría», «Nere Etorrera», «Nere amak ba leki», todas ellas que han sido interpretadas por cantantes ilustres como Gayarre, Tabuyo, Massini-Pieralli y otros.

Respecto del primero, pudiéramos decir lo siguiente: a fines del siglo pasado conviví cuatro años en Madrid con mi gran amigo don José Goya Urquina asiduo asistente al Teatro Real y que conocía de memoria infinidad de óperas en las que cantaba Gayarre. Tuvo además la oportunidad de oírle en una ocasión al célebre tenor navarro cantando el «Gernikako Arbola», cuya audición la escuchó con una emoción indescriptible. Y tal fue el amor que puso en su interpretación que todo el público, puesto de pie, la aplaudió largamente maravillado.

Al preguntarle yo, años más tarde, si había notado alguna diferencia en las melodías del himno, me dijo que no hubo ninguna variedad y que lo cantó exactamente como lo canta todo el pueblo. Solamente me hizo notar, a título de curiosidad, que le llamó la atención que en vez del «da bedeinkatua», que decimos los gipuzkoanos, Gayarre decía «da bendikatua», sin duda, por diferencia dialectal.

El señor Goya, con quien yo vivía, y en cuya casa nos reuníamos todas las noches un grupo de estudiantes a leer y comentar la revista «Euzkaltzale», que en aquellos años publicaba Azkue, en Bilbao, le escuchábamos siempre con gran afecto por su bondad y su conocimiento de toda la música.

En otra oportunidad, el año 1901, tuve la suerte de escuchar en una compañía de opereta que actuaba en San Sebastián, cantando en una noche de su beneficio, al insigne bajo Massini-Pieralli que al interpretar el precioso zortziko «Nere Amak ba leki», conmovió a todo el auditorio que le aplaudió largamente.

Cuando tales obras del modesto Iparraguirre, las interpretaban con «amore» cantantes tan distinguidos, señal evidente que eran dignas de que las cantaran al nivel de las mejores melodías universales.

Pero los críticos de guardarropía no pudiendo ya demostrar que el Himno no era de Iparraguirre sino de Altuna, le echaron en cara que

en el segundo tiempo repetía exactamente un motivo hasta cuatro veces, lo cual causaba un efecto de monotonía irritante. Claro es que esta suposición falsa se apoyaba tan sólo en la equivocada regla de algunos «maestros» de música que no permitían la repetición exacta de las notas de una melodía o frase previa si no se alteraba alguna de las notas de ella, pero no recordaban, por lo visto, que Bach, Beethoven Wagner, Chopin, Mozart y otros autores han repetido muchísimas veces exactamente las mismas frases con agrado de todos los públicos.

Pero pudiéramos también añadir otro ejemplo que no han tenido en cuenta y es el del gran músico vasco, calificativo que se enorgullecía de repetirlo Maurice Ravel y Eluwart, nacido en Ciburu, junto a San Juan de Luz, el cual tiene una composición famosísima en la que repite un motivo docenas y docenas de veces, y nos referimos a su célebre «Bolero», composición que ha dado la vuelta al mundo, como nuestro gran paisano Elcano.

Además, esos críticos, no se han fijado en que nuestro Iparraguirre, en la primera parte de su Himno, presenta también la misma frase, «Euskaldunen artean» sin que tache para nada la misma frase en la segunda parte, parece, por tanto, un motivo de fondo natural vasco. ¿Pero qué se iba a pedir a un hombre modesto, hijo de pueblo, y amante de su tierra y de sus fueros, que cantaba con la libertad del pájaro que canta en la enramada, sin saber si había o no reglas musicales tan secas y escuetas, pero que tuvieron la suerte de conmover a millones de vascos?

Y para dar una nota cómica de animación a este escrito, recordaremos el caso de un grajo que cantaba nuestro famoso Himno en una forma muy particular que a todos agradaba. Había hace muchos años en Hernani, un restaurant con un jardín contiguo donde servían al público, y se llamaba «Zabala-Jáuregui». De uno de los árboles, pendía una jaula donde un pobre grajo cantaba sonoramente, las primeras notas de la primera parte del Himno «Gernikako Arbola», cantado lo cual se callaba y los comensales con la originalidad del pájaro cantor, cantaban a coro la frase siguiente o sea «da bedeinkatua». A lo cual el alegre pájaro seguía con el Himno cantando gravemente «euskaldunen artean» y todos los comensales, riéndose y bromeando remataban cantando «gutziz maitatua». Este juego inocente, hacía reír a todos porque contrastaba con la seriedad del pájaro cantor. Si hubiesen dado suelta a ese simpático grajo, habría tal vez enseñado la melodía de nuestro Himno a todos los pájaros canoros del bosque, lo cual hubiera sido una confirmación más de la nobleza del Himno de Iparraguirre.

La manía de las «reglas» que enseñaban algunos maestros como

aquella famosa que prohibía el que se repitiesen dos o tres veces «quintas» seguidas, también cayó por tierra cuando el gran Puccini en el comienzo del tercer acto de su famosa ópera «La Bohème», puso nada menos que 105 «quintas» seguidas, con agrado y simpatía de todos. Y es que si dentro de esas notas se guarda el genio de la inspiración, no hay «regla», ni limite que cierre el paso a una hermosa melodía.

En el artículo de Lino de Aquesolo que ha motivado nuestras líneas se cita un caso muy curioso, el del canónigo Adema-Zalduby, tan admirado amigo mío, que en 1877, publicó una especie de guía de peregrinos, escrita en euskera y en la que para honrar el Himno vasco y a su autor Iparraguirre utilizó su primera parte aplicándole una poesía en euskera que está escrita por el mismo Adema, teniendo presente la melodía del Himno.. Este folleto está ya anotado con el número 491 en el Essai de Bibliographie Basque de Vinson.

Y hay también otra curiosidad digna de notarse, y es que la discutida frase re, mi, re, la presenta a veces, como re, si, sol, mientras algún crítico ha dicho que la frase de Iparraguirre, debió ser re, sol. Nosotros creemos que es más cierto, y más probable, que Iparraguirre la cantase en la misma forma popular en que hoy se canta y en cuya forma también aparece en el «euskaldunen artean» de la primera parte.

Pero en fin, creemos que todo esto es un chico pleito con la valía del conjunto y con la historia del país unida a este canto en muchas circunstancias y algunas de ellas bien dolorosas. Los que nos hallábamos en San Sebastián en agosto de 1895 no olvidaremos que cuando la superioridad prohibió al Director Juan Guimón de la Banda Municipal la ejecución del Himno, éste fue cantado por todo el pueblo con un entusiasmo desbordante, que desgraciadamente terminó con varios muertos que cayeron trágica e injustamente frente al Hotel de Londres en la Avenida de la Libertad.

Hay que recordar también que hubo momentos en todo ese siglo en que el ambiente caldeaba la atmósfera al ver que los Fueros vascos iban a ser abolidos. Buena prueba de ello la tenemos en aquellas memorables sesiones del Senado, en las cuales el señor Sánchez Silva, que había preparado su discurso durante veinte años, según él mismo lo confesó, tuvo que ser respondido algo improvisadamente, por vascos como Egaña, Garmendia, el Teniente General Lersundi, y sobre todo por don Joaquín Barroeta Aldamar, bisabuelo de la actual reina de Bélgica, doña Fabiola, que es de procedencia de la villa de Elcano, el primer circunnavegante del mundo, y en cuya villa de Guetaria, nacieron también la hermana y la madre de la ilustre actual reina de Bélgica.

Hemos de hacer especial mención del ilustre político don Alejan-

dro Pidal y Mon que fue Presidente del Congreso y también Presidente del Consejo de Ministros, el cual pronunció un discurso admirable en defensa de los Fueros, los cuales, como él decía, no son concesiones de reyes ni magnates extraños, sino que fueron formados por los propios vascos en sus Juntas Generales o poder legislativo, con los que vivía feliz y contento. Este personaje que gozó de un prestigio absoluto por su gran autoridad y respeto fue, a su vez, tío del ilustre filólogo don Ramón Menéndez Pidal, que tanto admiró y defendió nuestra antigua lengua vasca, Presidente de la Real Academia Española hasta su fallecimiento casi centenario, por lo que los vascos se recuerdan con verdadero afecto, lo mismo que a su tío don Alejandro Pidal y Mon.

Ocasión ha habido, no hace aún muchos años, en que nuestro Himno fue cantado en San Sebastián por mil orfeonistas vascos, quinientos de ellos varones y otras quinientas mujeres, dirigidos por el maestro italiano «de Tura» quien al llegar este solemne momento y para mayor seguridad en cuanto a su medida musical, le dio la batuta al maestro Pedro José Iguain que estaba con su coro de Beasain, en el conjunto de ejecutantes, obteniendo el canto una interpretación emocionante.

Hemos tenido la fortuna de oír cantar en París ante un numeroso público de «élite» en dos funciones benéficas, a un tenor vasco que interpretó admirablemente el «Agur Euskalerría» de Iparraguirre, con una ovación entusiasta. Por cierto que esa vibrante y magnífica canción en tiempo de zortziko, había emocionado tanto al célebre escritor Pierre Loti el cual vino expresamente, según deseo que hacía veinticinco años había expresado a su gran amigo el Dr. Durruty, con quien me unía una franca amistad, que vendría a morir al País Vasco, como así sucedió el 10 de junio de 1923, siendo sus últimas palabras «Agur, Euskalerría», como me lo ratificó el Dr. Durruty y como también lo recuerda el escritor Vicente Clavel en su traducción de artículos del famoso escritor francés en su libro llamado «El País Vasco», publicado en Barcelona.

A pesar de que algunos le han tachado que no se preocupó de su familia, su hija me decía en Buenos Aires hace unos años, que su padre era un buen hombre, muy afectuoso y cariñoso, pero que invitado por unos y por otros a cantar y hablar del País Vasco, descuidaba hasta las ovejas que le regalaron un grupo de amigos en Montevideo, y que cuando su esposa le dijo que se iban marchando las ovejas a los rebañeros de alrededor, le respondió que no le importaba, pues también ellas querían, como él, la libertad. Y, únicamente se quejaba ella de que, cuando invitado por muchos amigos vino a nuestro país, no pudo volver a la Argentina por haberle sorprendido aquí la muerte.

Por eso le han querido atacar en su vida personal, diciendo de él, como lo apunta el Padre Villasante en su «Historia de la Literatura Vasca» y metiéndose ya en el terreno privado, que salió muy joven a la guerra (lo cual es cierto, pues tenía tan sólo 13 años) y fue herido también en Castresana y en Arrigorriaga y que «durante su vida de campaña aprendió a rasgar la guitarra, a beber sin miedo y sin tasa, y a no contar con el día de mañana» (págs. 269-70). Este *beber* parece que indicara otra cosa, y después de esos detalles le llama a cada paso, en forma despectiva, «arlote y gran arlote», que en vasco significa tan sólo descuidado en la indumentaria, aunque el autor de la «Literatura Vasca» le quiere dar otro significado como también su frase de «que murió de resultas de un atracón», palabra que parece tiene aquí aspecto poco caritativo, pues hubiera sido más liviano o más suave y más cierto haber reconocido que murió con un simple ataque, como sucede a muchísimas personas.

El año 1889 se celebró una gran fiesta en Villarreal de Urrechua (Guipúzcoa), para inaugurar la magnífica estatua en mármol blanco dedicada a José María Iparraguirre, autor del himno «Gernikako Arbola». Estas fiestas fueron de gran relieve por la concurrencia enorme y por las representaciones que a ella acudieron y de los oradores que tomaron parte con sus discursos. Entre los oradores que hicieron uso de la palabra se hallaba don Antonio Peña y Goñi, el célebre crítico musical donostiarra, que tuvo la fortuna de escuchar de labios del que fue pelotari Manuel Lecuona, de Oyarzun, conocido generalmente por el apodo de Urtxalle, o sea fundidor, pues esa fue también su profesión, nos recogió, repetimos, la solemne y magnífica canción, hoy extendida por todo nuestro país, titulada «Agur, Jauna!», joya apreciada de nuestro cancionero vasco.

Peña y Goñi, gran músico y admirador de Iparraguirre y de su Himno «Gernikako Arbola», cooperó con gran entusiasmo en la fiesta de la erección del monumento dedicado al autor del himno famoso.

Y en la fiesta de su inauguración, leyó un sentido discurso del cual copiamos a continuación un interesante fragmento:

*«Hallábase Iparraguirre en Londres sin recursos, viviendo a salto de mata, cuando vagando una noche por las calles de la gran capital, llamóle la atención una voz que salía quejumbrosa, plañidera, de un café cantante.*

*Entró en el establecimiento y divisó entre la humareda de las pipas y la atmósfera cargada del café, a un infeliz que rasgueaba una guitarra y cantaba cruelmente, en reducido escenario.*

Las desgarradoras voces del infortunado llegaban a duras penas al público, que no paraba mientes en aquella música lamentable.

Terminado el acto, hizo el cantante su colecta, y tan menguada fue, que al retirarse el pobre músico, inundó el llanto sus ojos y quedaron bañadas en lágrimas las pocas monedas de cobre que entregaba la compasión.

Iparraguirre, que había seguido paso a paso la escena, levantóse de su asiento y abriéndose lugar entre los apiñados concurrentes, subió al escenario, empuñó la guitarra, sacudió como un león su melena admirable, irguióse delante del público, y fijando en éste sus ojos de águila, reclamó el silencio con imperiosa señal.

A la vista de aquel hombre extraño, robusto, fornido, de atléticas espaldas, duro entrecejo, frente ancha y deprimida, nariz aguileña, lengua y sedosa barba y abundante y hermosísima cabellera, que caía sobre los hombros en rizados de una coquetería y una elegancia femeninas, encuadrando la cabeza con fiereza y magestad, dignas del Moisés de Miguel Ángel: a la vista de aquel ser fantástico cuya mirada fascinaba e imponía con durezas de bravucón y dulzura de apóstol, hubo en la muchedumbre un movimiento de admiración seguido de religioso silencio.

Iparraguirre cantó; cantó con voz estentórea, con fuego y pasión irresistibles, el *Arbol de Guernica*.

Y aquella música magestuosa, aquella melodía llena de penetrante unción, cantada en extraño idioma, incomprendible para todos, cayó como una ola sobre la asombrada concurrencia, que se levantó electrizada y prorrumpió en aplausos y aclamaciones.

Después del *Gernikako Arbola*, cantó Iparraguirre otro *zortziko*, y otro después, y después otros; y, enardecido por los vitores agotó su repertorio en un ambiente caldeado por entusiasmos frenéticos; hirvió su alma al contacto de aquella reciprocidad popular; y, convertidos en vascongados los ingleses, vaciaron sus bolsillos en la boina del poeta.

Iparraguirre se dirigió entonces al escenario donde el pobre cantante había permanecido lleno de asombro al contemplar aquella aparición.

Y vertiendo el contenido de la boina en el sucio sombrero del inglés, saludó Iparraguirre al público y desapa-

reció. El inglés llevaba en su sombrero pan para sus hijos, hogar para toda la familia.

El vascongado erró quizá aquella noche por las calles de Londres, durmió al raso y se murió de hambre.

Este rasgo del carácter de Iparraguirre, rasgo que he recogido por ahí al azar, como hay que recoger cuanto se refiere a su vida, revela la belleza de un alma indómita, sí, desordenada y fuera de toda regla de equilibrio y de orden, pero grande siempre, grande hasta en sus constantes extravíos.

En protesta de la campaña que se venía extendiendo para aniquilar nuestras leyes, Iparraguirre, en Guipúzcoa, se levantó y contestó a su vez con voz de gigante, acumuló todas las fuerzas de su espíritu, todas las energías de su alma, y lanzó con la potencia de sus pulmones de titán, una protesta grandiosa, grito de amor incomparable que repitieron las montañas, se extendió de valle en valle, de colina en colina, salvando precipicios y torrentes, y quedó impreso como escudo invulnerable en el corazón de todos los vascongados: el Gernikako Arbola. La inmortalidad de Iparraguirre está ahí, en el Arbol de Gernika, himno de pasión intensa, melodía de adoración, gemido grandilocuente de humildad y de esperanza, en cuya sencillez primitiva parece reflejarse el temperamento de un pueblo entero, y cuyos acentos piden el amor, que une y fortifica, lo que no puede alcanzar el odio, que divide y exaspera.

No, el Arbol de Gernika representa algo que vuela por encima de las pasiones humanas.

Cuando la inspiración rozó con sus alas de oro la mente del poeta, infiltró en ella el sentimiento casto, puro, immaculado del amor.

La invocación de Iparraguirre es una tierna metáfora, el ANGELUS vascongado que llama a la concordia y reclama la paz.

Ya lo he dicho antes, y lo repito ahora: la inmortalidad para Iparraguirre está en el Arbol de Gernika. Registrad su obra, obra de poeta y de músico.

En esta obra del Gernikako Arbola, unieronse el poeta, el patriota y el músico, para hacer latir unánimes los corazones de todos los vascongados.

Tolosa, 15 de septiembre de 1970.

P.D.: Después de escritas las precedentes líneas, he tenido la oportunidad de asistir a la reunión que la sociedad «Eskualtzaleen Biltzarra» ha celebrado este año, el 27 de septiembre, en la pequeña villa de Larzabal (Lercedeaux), próxima a Saint-Palais, en la Baja-Navarra.

La reunión fue realmente animadísima, pues suponiéndose que no cabría la concurrencia en la pequeña iglesia de la villa, se improvisó el altar en la cancha de pelota, y en cuya misa predicó un notable sermón del P. Narbaiz en euskera, cantándose por el pueblo varias canciones religiosas vascas. A continuación se celebró un concurso de canciones vascas, números que fueron muy aplaudidos.

Seguidamente tuvo lugar la comida en la que se reunieron más de ochocientos comensales. Actuaron después los bertsoaris Xalbador, Ezponda, Mattin y Etxahun, todos los cuales lucieron admirablemente sus felices improvisaciones, destacando, como siempre, Xalbador por su finura y elegancia de conceptos y Mattin por su espontánea gracia que tanto hizo reír a la concurrencia. Actuaron también a continuación, con magnífica ejecución, los txistularis, que gustaron por su lucida ejecución. Y finalmente, hicieron uso de la palabra varios oradores, entre los cuales se distinguieron especialmente el Presidente actual del Biltzarra Dr. Labeguerie, médico y Alcalde de Cambó, ex-diputado por los Bajos Pirineos, y también el antecesor suyo como Presidente Louis Dassance quien durante tantos años llevó esa dirección con entusiasmo y acierto, verdaderamente admirables.

Ambos hicieron resaltar la gran diferencia entre la primera reunión de fundación de la sociedad en 1902, celebrada en Fuenterrabía y la concurrencia actual que pasaba de las ochocientas personas poniendo en evidencia el entusiasmo y el auge que va tomando cada año esta sociedad que tanto labora en pro del idioma vasco.